

Recorridos y trayectorias de trabajadores y militantes vinculados a una cooperativa de trabajo del Movimiento Evita.

Lucrecia Gusmerotti.

Cita:

Lucrecia Gusmerotti (2012). *Recorridos y trayectorias de trabajadores y militantes vinculados a una cooperativa de trabajo del Movimiento Evita*. VII Jornadas de Sociología de la UNLP. Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-097/182>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eRxp/euF>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

VII Jornadas de Sociología - UNLP

Lic. Lucrecia Gusmerotti, lucreciagusmerotti@yahoo.com.ar

Cish- FAHCE-UNLP, Ica- FFyL- UBA

Título: Recorridos y trayectorias de trabajadores y militantes vinculados a una cooperativa de trabajo del Movimiento Evita.

Sobre la transitada avenida Mitre, al lado de una concesionaria de vehículos, estaba el lavadero de autos que tenía un espacioso bar. Ahí solían reunirse habitualmente militantes del Movimiento Evita de Avellaneda porque estaba a media cuadra de la Factoría, era tranquilo, se podía tomar un buen café y contaba con televisión por cable donde pasaban los canales de noticias. En ese lugar me citaron diferentes activistas del Movimiento Evita durante mi investigación, para la realización de entrevistas. En ese bar, me encontré en febrero de 2010 con el Pez, un dirigente local. Ese día habíamos repasado los hechos ligados a la ocupación de la Fábrica en el año 2002 de la cual él había sido protagonista, y también su itinerario político. El era quizás la principal referencia pública de la lucha del Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) en esa zona¹, desde mediados de la década del noventa vinculada a la desocupación, más precisamente desde el año 1996, aunque su militancia había comenzado a fines de los setenta, en una agrupación peronista llamada "Descamisados". Había sido candidato en dos oportunidades, y resultó concejal electo del FPV en el año 2009. Cuando terminamos la entrevista, fuimos caminando juntos a la Factoría. El objetivo era que me presentase a Ofelia, la *coordinadora* del taller textil "Azucena" para que yo pudiera comenzar a realizar observaciones en ese lugar de trabajo. Durante la breve caminata, me adelantó que a Ofelia en la *coordinación* del taller la acompañaba Martín. Y que cada uno, tenía "responsabilidades diferentes". Ofelia, se ocupaba principalmente de planificar y pautar las rutinas y tareas de la producción, y Martín era quien administraba, compraba insumos, colaboraba en la gestión de los convenios suscriptos con los ministerios y era "responsable" de la organización de esos trabajadores en relación a las actividades de "movilización".

A mitad del salón de la planta baja de La Factoría sobre un lateral había una angosta escalera sin pasamanos, que llevaba al primer piso donde estaba el taller textil y el de serigrafía. Hasta allí fuimos con el Pez, y encontramos a Ofelia sobre la primera mesa de corte ni bien entramos.

¹ El Movimiento Evita se presentó públicamente en mayo del año 2005 en un acto en el Luna Park, luego de un proceso de confluencia de diversos movimientos de desocupados y organizaciones políticas. Estas tenían como denominador común una identidad "nacional-popular" vinculada al peronismo, y la adhesión al rumbo político asumido por el gobierno de Néstor Kirchner. Siendo actualmente un movimiento de alcance nacional, en la provincia de Buenos Aires se organiza a través de representaciones "distritales". En el municipio de Avellaneda, el Movimiento Evita local, fue conformado principalmente por militantes del "Movimiento de Trabajadores Desocupados Resistir y Vencer" (MRyV), con una extensa trayectoria política en la zona sur del conurbano bonaerense que puede situarse aproximadamente a partir del año 1996.

Llevaba puesto un delantal con bolsillos y tenía a mano un género blanco. Luego de intercambiar saludos y presentaciones comentó que estaba probando cómo lucía el delantal, que era para las asistentes de la panadería, el *emprendimiento* de la planta baja. El Pez, introdujo el tema y objetivo de mi visita y se fue. Conversé entonces un rato con Ofelia, y le reiteré más detalladamente mi intención de conocer el taller y el trabajo que allí se realizaba. Ofelia acostumbrada a las entrevistas pasó a relatarme cómo ella había comenzado a pedido de su hijo “a armar de cero” un *taller textil* “para los desocupados”, y a continuación comenzamos un pequeño tour dentro del mismo. Primero se detuvo sobre una nota del diario Clarín, que estaba pegada en una de las paredes, junto a unos afiches del programa “Guardapolvo Social” de la provincia de Buenos Aires. Era una nota a dos páginas e ilustrada con fotos, donde se la veía a ella y otras personas en el *taller*. Me contó que le habían realizado ese reportaje en 2006 en ocasión de un aniversario de *La Factoría*, que coincidía con el primero de mayo. También me comentó que había sido invitada en variadas oportunidades a programas de radio para hablar de su experiencia. Por ejemplo había ido al programa que “tenía el tano” -un militante local- “en la radio de las madres” porque el *taller*, tenía el nombre de una “madre de plaza de mayo”. Luego, me condujo a un pequeño cuarto donde había varios percheros como los de los negocios que venden ropa, y fue sacando una por una diferentes prendas. Remeras, buzos, pintores de jardín, ambos de hospital, guardapolvos, camperas: “éstas son las prendas que nosotros hacemos. Yo guardo una muestra de cada una de las cosas que hemos producido, para poder exhibir nuestro trabajo, y que se vea cómo nosotros confeccionamos”. A medida que me mostraba, me iba contando para qué institución habían sido hechas, con el financiamiento de qué ministerio o municipio, entre otros detalles. Por último, ese día llegamos hasta el final del salón donde se congregaban unas quince mujeres, que yo había observado de tanto en tanto mientras hablábamos. Algunas, estaban sentadas frente a máquinas de coser y ocupadas en esa tarea. Otras estaban alrededor de una mesa muy amplia, donde conversaban. Cuando nos acercamos, Ofelia levantó un poco la voz, y dijo: “ella viene a hacer una entrevista con nosotras, quiere conocer lo que hacemos acá, acérquense y preparen un mate así charlan” y regresó a la *mesa de corte* a continuar con los delantales, tarea en la que estaba ocupada antes de mi llegada. En ese primer encuentro con algunas de esas mujeres, después de que me presentara y repitiera nuevamente mis intenciones, les pregunté cuándo habían empezado a trabajar en *el taller*. María una mujer mayor, fue la que rompió el hielo y comentó “yo empecé en abril, pero me anoté en diciembre del año pasado. En el club municipal, de acá enfrente, en el Gatica, para trabajar en la cooperativa”. Lucy agregó que ella se había anotado en el municipio, y que la había llamado “una asistente social” para que “se presentase en la factoría”. Celeste también asintió con la cabeza. Nora mencionó que su caso era diferente dijo, “a mí me llamaron de acá, del movimiento”. Cuando les pregunté qué era lo que hacían habitualmente en el *taller* Susana comentó, “nosotras no sabemos coser, estamos aprendiendo, mientras tanto hacemos las tareas de la mesa”. Gladis que fumaba y seguía la conversación parada, intervino para ampliar el panorama: “te explico, lo que pasa es que ellas que entraron ahora con el *Argentina Trabaja* no saben coser casi ninguna, salvo Lucy o Coni. Entonces practican con la máquina, y hacen las tareas de mesa, que son limpiar las prendas, el planchado, que es por donde en general se empieza, después como son aprendices, asisten a las

que cosemos.” Como ésa era la primera vez que había hablado, agregó que hacía varios años que estaba trabajando en el *taller del movimiento*, y que tanto ella como su hermana Bea eran vecinas de Ofelia “de toda la vida”. Anteriormente incluso, ambas habían trabajado en el *taller* que ésta tenía en su casa. Juana que se acercó a buscar un mate, agregó que a ella no le interesaba aprender a coser: “yo espero que me salga el módulo, que es en un hospital. Mientras tanto estoy acá, porque abajo sin hacer nada no me gusta estar, pero cuando me salga prefiero irme al hospital”. María una mujer mayor, bastante contrariada dijo “yo también espero el módulo, pero si me sale barrer veredas dejo la cooperativa, yo estoy vieja para eso, para andar en la calle. Yo quisiera poder quedarme acá en el taller”. Nora se levantó y regresó con un bolsito de tela. Se sentó nuevamente y empezó a sacar de su interior pañuelos, mantelitos y servilletas. “Yo me animo. Cuando veo que la máquina no la están usando voy y hago mis cositas. Porque están las que son oficiales y nosotras que somos aprendices” indicó señalando a las mujeres más alejadas que estaban ocupadas en sus máquinas. Todas, bromeaban sobre los pañuelitos de Nora, que evidenciaban por si solos su carácter de “aprendiz”. Y Susana la corrigió, “no es oficiala, es oficial que se dice” y añadió “yo también practico, pero lo que hago lo voy dejando en casa”.

En esa conversación que tuvo lugar ese primer día de trabajo de campo en la cooperativa, *la textil* o *el taller* como usualmente preferían mis interlocutores, el tema giró alrededor de cómo y cuándo habían llegado a esa cooperativa de trabajo, cuáles eran sus expectativas y qué estaban haciendo en ese espacio laboral, por ese entonces. Profundizar sobre esa heterogeneidad de situaciones, experiencias y anhelos que se insinuaron ya durante ese primer día se convirtió en una de las líneas de investigación². En este trabajo intentaremos mostrar a través de trayectorias de vida que las continuidades históricas en términos de los recorridos laborales, las políticas estatales, los espacios de sociabilidad son uno de los ejes desde el cual podemos comprender cómo las personas enmarcaron sus expectativas respecto de su inclusión en una cooperativa de trabajo, a partir del año 2009.

El *taller* textil *Azucena* se había inaugurado durante el año 2002, como uno de los primeros “emprendimientos productivos” del MTD, tras la ocupación de las instalaciones de esa antigua fábrica de cosméticos cerrada. En diciembre del año 2009, los dirigentes locales del movimiento definieron la reconversión del *taller* como *cooperativa de trabajo* en el contexto de la implementación del programa de Ingreso Social con Trabajo “Argentina Trabaja”³. Durante el

² El trabajo de investigación se desarrolla desde el año 2009 en la localidad de Avellaneda, a partir de la obtención de una beca doctoral de la ANPCyT, e indaga modalidades de intervención estatal y las prácticas de organización colectiva en torno al trabajo en el movimiento Evita. Se utilizan comillas para citas textuales, y cursiva para términos nativos.

³ De acuerdo a la resolución 3182/2009 del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación que da origen al programa; el mismo “está destinado a personas en situación de vulnerabilidad, sin ingresos formales en el grupo familiar, sin prestaciones de pensiones o jubilaciones nacionales ni otros planes sociales, a excepción del “Plan Nacional de Seguridad Alimentaria”, y el objetivo de las tareas es la realización de variadas obras de infraestructura comunitaria, que se denominan “módulos”. La mayor parte de las cooperativas conformadas corresponden a la provincia de

transcurso de dos años en el que visité el taller entre marzo de 2010 y diciembre de 2011, el grupo de personas que integraban la cooperativa se fue alterando. Algunas personas se fueron, otras nuevas ingresaron, y algunas de ellas permanecieron con continuidad durante todo ese tiempo. Una de las cuestiones que traté de comprender era cómo y en qué contexto esas personas habían decidido vincularse con ese espacio productivo vinculado a un movimiento popular, y en el marco de qué relaciones sociales lo hacían. Para ello entre otras cosas, reconstruí las trayectorias de vida de algunos trabajadores y militantes que en distintos momentos de mi estancia se vincularon con el quehacer y las rutinas cotidianas del taller y cooperativa.

Desde una perspectiva epistemológica se ha postulado un abordaje para el estudio de los sujetos sociales entendiéndolo como un proceso de “constitución permanente”. Lo cual implica “concebir la realidad como una síntesis del pasado y posibilidades del futuro en el presente: como lo dado que contiene lo por venir. Por lo tanto los sujetos deben ser vistos en su proceso de constitución, como condensadores de historicidad... como fruto del pasado y como presente que contiene las posibilidades del futuro” (Zemelman y Valencia, 1990:90). En este sentido el recorte de investigación y el momento de observación, se presentan como una instancia, dentro de un recorrido no determinado completamente ni acabado, como aquello “dado y dándose” (idem: 98). Se han planteado entonces categorías como la de memoria-experiencia-utopía, para analizar las trayectorias sociales de los sujetos. En tanto, permiten captar las diversas temporalidades y espacialidades que entran en juego en los procesos de subjetivación (Leon, 1997), que implica a su vez abrir la problematización en términos de una proyección potencial en la configuración de prácticas, discursos y sujetos.

Considerando esas coordenadas teóricas, recuperamos también el uso que se ha hecho en trabajos etnográficos de la noción de “trayectoria de vida” en intersección con la noción de “modos de vida” para interpretar los significados dados por los sujetos a sus condiciones de existencia y sus relaciones, desde el problema de investigación. En este sentido, los hitos en la vida de un sujeto “no sólo puede revelar los acontecimientos sufridos sino las respuestas y estrategias elaboradas” (Grimberg et al, 1998: 226 - 230). Desde esta perspectiva el trabajo de Manzano (2007) mostró cómo los programas de empleo y las acciones colectivas como el “piquete”, se habían insertado en trayectorias de vida y cómo los planes se constituyeron en expectativas. Y el estudio de Fernández Alvarez (2006) iluminó como la “recuperación”, además de ser un modo de acción colectiva desplegado en la ocupación de empresas por sus trabajadores, como hito, se inscribía en

Buenos Aires. Estas se constituyen con 60 trabajadores, se ha estipulado un ingreso individual de 1200 pesos, que recientemente se ha incrementado a 1800 pesos, por productividad y presentismo. Cada socio, debe inscribirse en el monotributo social, para realizar los aportes previsionales y percibir obra social. Se contempla el otorgamiento de materiales, herramientas y ropa de trabajo, así como los correspondientes seguros de vida y terceros. Se estipulan 40 horas semanales de trabajo y cinco horas destinadas a jornadas de capacitación que tienen carácter obligatorio. Información Programa Ingreso Social con Trabajo Argentina Trabaja (en adelante AT) publicada en www.desarrollosocial.gov.ar

la significación que tenía el trabajo como dimensión central en la vida de esas personas. Por su parte mediante el análisis de trayectorias sociales el estudio de Vecchioli (2007) expuso cómo el “compromiso militante” por la causa de derechos humanos en la Argentina implicaba el reconocimiento de un proceso histórico y relaciones sociales más vastas, en la cual dicha causa se inscribía y mutaba, trascendiendo la dictadura militar de 1976 como variable explicativa, proyectándose hasta la actualidad.

En este trabajo recuperando esos aportes y coordinadas intentaremos mostrar el modo en que las personas ingresaron *al taller textil Azucena* vinculado a un movimiento popular, en distintos momentos históricos. También, cómo las cooperativas de trabajo se dispusieron como alternativa para los sujetos, a partir del impulso que tuvieron programas estatales nacionales que las promovieron especialmente a partir del año 2003, pero en un marco más amplio de políticas de transferencias de ingresos y promoción de formas “autogestión” que configuraron condiciones de vida y espacios de socialidad laboral y política de sectores populares desde mediados de la década del noventa en movimientos populares, entre otras organizaciones. A continuación desplegamos las trayectorias de vida de cuatro mujeres que sintetizan algunos rasgos presentes en la composición social y recorridos que siguieron el grupo de personas que se nuclearon en el *taller Azucena*. El grupo durante mi estancia estaba conformado por alrededor de veinte personas aproximadamente, en su mayoría mujeres, ya que varió en algunos períodos. Del total entrevisté a siete de ellas y conversé sobre sus historias de vida en profundidad con las restantes.

Ofelia: Como respirar, la vida en los talleres.

Ofelia fue la coordinadora del *taller textil Azucena* desde su conformación en el año 2002 hasta que se jubiló, a principios del año 2011. Para hilvanar su historia, apeló al trabajo como “voluntad” y subrayó que su “vida habían sido los talleres”. Lo que destacó enfáticamente en su relato como un hito importante, fue cómo el contexto de crisis social y política de diciembre de 2001 había impactado y modificado su vida, vinculándola al espacio productivo de un movimiento popular.

Ofelia tiene sesenta y dos años y nació en Santa Fe, en Villa Guillermina. Su padre trabajaba en “La Forestal” una emblemática empresa de capitales británicos que había fundado ése y otros pueblos, además de estaciones de ferrocarril e incluso una moneda propia para saldar las obligaciones salariales con sus empleados. Cuando tenía cinco años viajó a la provincia de Buenos Aires junto a su madre que necesitaba un tratamiento médico por una afección pulmonar. Se hospedaron un tiempo en la casa de su hermano mayor y al poco tiempo, la visita se convirtió en una mudanza definitiva, cuando su padre vendió el terreno y el “rancho” para poder instalarse en Quilmes. La muerte de éste dos años después, fue para Ofelia el primer registro de una “injusticia”, de un sentimiento de “indignación”:

“Desde entonces, yo supe que a mi papá el trabajo en la Forestal lo había matado, supe también por mi mamá, que a mi papá le pagaban con papelitos no con dinero, papeles que se cambiaban

por mercadería, y ya sentí lo que era la injusticia. Creo que siempre en mi familia, se mamó eso, sentir indignación frente a la injusticia y el dolor, el de uno o el de otro, y luchar contra eso”.

Para Ofelia “la lucha” desde joven también estaba en relación con su trabajo y el que otros miembros de su grupo familiar emprendían para sustentarse:

“Mi mamá consiguió acá en Quilmes Oeste, un lote cerca del de mi hermano, acá no había nada, todo campo y unas casitas, estaba el tambo donde buscábamos la leche en tarritos, y más allá estaba el camino, ahí mi hermano vendía el diario, enfrente en una panadería mi otro hermano ayudaba y le pagaban con el pan y la factura, y mi mamá lavaba la ropa de algunos vecinos. Con eso, más lo que yo conseguía en la hilandería, entre todos la luchábamos”.

En 1962 a los 13 años, obtuvo su primer empleo en una fábrica donde además de telas se producían bobinas de hilos. Desde entonces recibir un salario y “aprender un oficio” eran motivos de “orgullo”:

“Yo era una nena pero no sabés lo orgullosa que yo me sentía, cuando el dueño, un tano, me llamaba a su oficina y me decía: “señorita Ofelia, pase a cobrar el sueldo de su trabajo”. Y así empecé y ahí fui aprendiendo de a poco el oficio, yo aprendí desde cómo se hace la tela y el hilo, hasta hacer los moldes y el corte, todo.”

A los diecisiete años, en 1966 Olga se casó con un vecino de la infancia y se fue a vivir a la casa de su suegra. Su marido con quien tuvo a sus dos hijos, le había planteado cuando nació el primero que “no trabajara más en la empresa” para estar más con “los chicos”. Entonces Ofelia empezó a “trabajar en el taller” que su suegra tenía en la casa. Por esa misma época emprendió sus estudios de costura en dos “academias”. En una siguió los cursos de “alta costura”, en la otra los de “moldería”. Cuando Ofelia se separó en 1972, tenía veintitrés años y “necesitaba trabajar”, por eso se fue a buscar a los antiguos “dueños” de la hilandería donde se había empleado de chica. Como ésta había cerrado, la “recomendaron” en otra fábrica textil donde empezó al día siguiente. En el caso de Ofelia desde chica “trabajar” era un hacer, que en la vida, también aparecía asociado a la “voluntad”, como una disposición y una dedicación:

“yo fui y le expliqué que tenía dos chicos que alimentar y estaba dispuesta a trabajar porque yo siempre tengo voluntad de trabajo”.

El empleo en distintas fábricas como *Metal Textil* o *Alpargatas Patricios*, duró varios años en tanto su madre “pudo cuidar los chicos”. Cuando su edad avanzada se lo impidió, entonces “el dueño” de la empresa en la que estaba trabajando le ofreció dos máquinas de coser y le permitió ir pagándolas con parte de la producción que realizaba en su hogar y entregaba semanalmente a la fábrica. Con ese arreglo informal, trabajó con esa empresa y otras, comprando paulatinamente nuevas máquinas e incluso cuando la demanda era creciente, incorporando a “vecinas y comadres” para trabajar en su *taller*. Ofelia utilizó metáforas como “poner el lomo” en distintos pasajes de su relato para referir al desgaste físico que le implicaba “mantener” a su familia y

ofrecerles a sus hijos “una vida mejor”. Pero innumerables veces expresó a su vez, que “trabajar” era también algo que le gustaba, una elección:

“Entonces ¿Qué pasa? Yo entré de muy jovencita a trabajar, entre y aprendí oficio primero, y después bueno, con el tiempo como... es lo que a mí me gusta uno después trata de ir capacitándose, de ir aprendiendo otras cosas porque yo al principio cosía... después ya me pasaron a la mesa de corte... a aprender a encimar... y bueno, ahí me empezó a gustar lo que es tema corte y... ahí ya me preocupé de empezar a aprender. Primero alta costura estudié, y después ya empecé a aprender lo que es el tema moldería...un poco eso te tiene que gustar porque si no te gusta más vale que no... Yo de un trapito quiero hacer algo ese es el problema. A mí me encanta trabajar, pero además yo tenía que poner el lomo para mantener mi casa, mis hijos, mi madre, que ellos tuvieran sus estudios, que pudieran hacer una vida mejor”

Desde el año 1995 Ofelia comenzó a tener problemas para continuar produciendo para las empresas en *su taller* debido a la imposible competencia con las prendas importadas. Se agravaron progresivamente las dificultades económicas familiares debido al desempleo, y la costura se convirtió en un recurso para sobrevivir en un contexto, en el que los proyectos y anhelos de ella y sus seres queridos se astillaban frente a un futuro que se asemejaba a una “hecatombe”:

“Fabián, vos sabes que milita desde la UES, desde los catorce años. El trabajaba, es técnico en centrales telefónicas mi hijo, en ese momento, fines de los noventa... antes de la hecatombe, él trabajaba para “Techint”. Él ha conectado teléfonos desde el sur de Tierra del Fuego a Brasil. Pero después pasamos a no tener ni para los pañales de mi nieta. La situación de ver a mi hijo sin trabajo, histérico, mal, era angustiante. Porque yo crié a mis dos hijos, y darles un estudio y bueno, estudiaron, empezaron a trabajar de esto, lo otro, hicieron una familia, y de golpe “pum”, es como que te dan un golpe acá (señala la nuca) y no podés moverte porque, por más que él era joven... Venía de una empresa donde cobraba “x” cantidad de dinero, después se empezó a venir para abajo con vender el coche, que pito que flauta, que a la miércoles todo. Y te vuelvo a repetir, íbamos a la feria de Solano que es una de las ferias más grande de la provincia de Buenos Aires... Donde se vende cualquier cosa. Bueno, en el medio de la cualquier cosa estábamos nosotros dos. Este... y bueno, había hablado con Luis que él militaba (cura Farinello) Y le dijo “bueno yo te voy a conseguir... a mí me traen ropa de segunda... pantalones de segunda, y así por lo menos, tratás de arreglarla y de cubrirte los gastos y de juntar una moneda”. Y es lo que hicimos”.

Hacia finales del año 2001 las imágenes televisivas de la represión a las *madres de plaza de mayo* en las manifestaciones del 19 y 20 de diciembre, tuvieron un efecto perturbador y catalizador de distintas pérdidas para Ofelia. Ella expresaba con gestos y palabras cómo la habían invadido los sentimientos de “bronca” y “dolor” al ver que se desdibujaban distintas dimensiones que habían involucrado su ser y hacer como mujer -*madre, hija, trabajadora, peronista*- frente a lo cual había *sentido* “la necesidad de decir basta”:

“Cuando llega el tema del 2001, tal es así que yo, ya veníamos arrastrando muchas cosas feas en mi casa eh... estaba la enfermedad de mi mamá, mi mamá falleció a los ochenta y seis años en el 2001. Claro, entonces como que se me juntan un montón de dolores juntos digamos ¿no?. Mi madre fue el puntal en mi casa porque... yo producía todo el día pero ella se encargaba de la casa y de mis hijos. Este... entonces sentir como que... mmm... impotencia, dolor... y viste llega un momento que ya no te importa más nada, ¡Que se pudra todo mal! ¡Y que pase lo que tenga que pasar! Porque vos ya no aguantas más. Tenía mucha bronca y mucho dolor como madre, como hija, como trabajadora de toda la vida que se rompe el lomo para que sus hijos sean felices, estén bien. Y ese día ver como la yuta le tiraba los caballos a esas madres, me sacó. Me fui sola en micro hasta la plaza. Sabía que mi hijo iba a andar por ahí con el movimiento. Yo soy peronista de siempre, pero no he sido militante digamos, pero ahí sentí la necesidad yo también de decir basta, hasta acá llegamos”.

Ofelia también ponía en relación su dolor personal y familiar, con una comunidad de clase a la cual se integraba:

“Y otra de las cosas que yo recuerdo y cuando me preguntan lo comento, mi barrio es un barrio común. De gente obrera... de gente de trabajo ¿y qué pasa?, nosotros el mes de diciembre, la semana de las fiestas es un alboroto, un cambalache el barrio... Porque vos escuchas rock and roll por allá, cumbia por el otro lado un despelote... porque es la cosa esa de que... llegan la fiestas que vos lo... todo el sacrificio que vos hiciste como que lo volcás en esos días de las fiestas. Bueno, ese año, era un cementerio mi barrio, no se escuchaba, una música, para que te des cuenta lo que estábamos pasando todos... El dolor de lo que fue... eh... todo el mundo pata' para arriba... otro que fiesta ni fiesta, no teníamos ni para comprar un kilo de asado... Porque vos para la fiestas vas a cualquier barrio del conurbano y ves humo por todos lados... eso significa que el obrero tiene trabajo. No pedimos grandes cosas porque, yo... también en ese momento aprendí... que yo creo que había dos clases de país, del Pueyrredón para allá, y del Pueyrredón para acá. Eso lo vivimos... toda la gente trabajadora... la gente que se quedó sin trabajo, el desocupado, el que cortaba calle, lo vivimos todos... El que se olvida de eso... desgraciadamente en este país hay muy mala memoria...”

En este caso para Ofelia el recuerdo de la crisis política y social del año 2001, tener “memoria”⁴ de ello era también un recurso para significar y situar la experiencia de un grupo social “toda la gente trabajadora”, “el desocupado, el que cortaba al calle”, y vislumbrar un proyecto colectivo. Pocos meses después “de decir basta” algo empezó a cambiar en su vida, pero relacionado con lo que por otra parte había hecho “siempre”. Su hijo y otros *militantes* le propusieron llevar a la fábrica ocupada recientemente por el *movimiento*, las máquinas de coser que ella tenía “paradas” en su casa. Según Ofelia por su experiencia en el “oficio” le ofrecieron enseñar la labor de costura, a un grupo de trabajadores que como ella estaban “desocupados”. En ese contexto

⁴ Es en este sentido que León (1997:65) habla de memoria, no como mero recuerdo sino como apropiación que se traduce en cosmovisiones y valores.

cuando se discutió cuál sería el nombre del *taller*, ella sugirió que fuera el de una *madre de plaza de mayo*:

“Yo propuse que sea una madre de plaza de mayo, después acá se dijo el nombre de Azucena ...porque era una madre desaparecida de acá de Avellaneda, y así quedó Azucena...”

Durante diez años Ofelia fue *coordinadora* del *taller* organizando, pautando la jornada laboral y “enseñando a coser” a otros trabajadores. Allí volvió a reencontrarse con su “oficio” que se desarrollaba por primera vez en el marco de una organización colectiva. Para ella ahora, poner el cuerpo, la vida “otra vez” en *el taller* era “como un respiro”, “volver a respirar”:

“yo diez años atrás quería empezar otra vez, tenía la voluntad de abrir el taller, pero ahora con los desocupados, en una fábrica. Fue muy lindo eso, era como un respiro, volver a respirar”.

Cuando Ofelia narraba su historia dentro del *taller*, lo que ordenaba su relato era la referencia a las diferentes políticas públicas, los *planes*, el programa *Manos a la Obra*, el programa *Guardapolvos*, y el programa *Argentina Trabaja* con el cual el taller se convirtió en cooperativa:

“Acá se recupera la fábrica en el 2002... y se empieza... empezamos en principio, comprábamos retazos y hacíamos remeras, para vender. O sea hacíamos cosas pequeñas para poder sostener digamos de cierta forma el taller, teníamos el plan, y si quedaba una ganancia lo repartíamos entre los compañeros que estaban en ese momento, que era toda gente desocupada... así arrancamos, con mi taller. Yo traslado mi taller acá, mis máquinas. Pero el tema es así: nosotros, esto, empezó como un emprendimiento productivo...con el “Manos a la Obra”. Cuando arrancamos... Se transformó en un emprendimiento productivo que fue hasta el año pasado...Ahora... noviembre creo por ahí del año pasado... o diciembre... ahí empezaron a tramitar para que la textil también se convirtiera en cooperativa...y empezamos a producir con el “Argentina Trabaja”. Con el tema de la producción nosotros empezamos de a poco, con el programa “Guardapolvos” ahí fue que mejoramos mucho, se armó un equipo bueno de trabajo. Empezamos produciendo 50 guardapolvos por semana y terminamos en 400 por semana.”

Durante la última etapa de su trabajo en el *taller*, Ofelia se quejaba de que la “osteoporosis” y la “humedad” de *La Factoría* la tenían a “mal traer”. Esperaba, beneficiarse de los cambios previsionales, porque como tantos otros trabajadores de su edad, no había podido realizar sus aportes con continuidad. Aspiraba a volver a coser en su casa nuevamente pero “sólo ropa batik” y poder viajar más asiduamente a las ferias artesanales a las que la solían invitar. Las últimas noticias que tuve de ella me las comentó en una conversación telefónica, pocos días antes de combinar para vernos en la plaza San Martín de La Plata en el mes de diciembre de 2011. Ella iba a ir con el movimiento al *acto* donde juraba como senador provincial “uno de los chicos de la fábrica” algo que no se “quería perder”. Me contó que estaba “dando una mano para armar otro taller del movimiento”, pero ahora en una cooperativa en Quilmes nuevamente por pedido de su hijo. Bromeando sobre lo relativo de su jubilación, me repitió lo que me había dicho otras veces: “vos sabés que yo no puedo parar, mi vida han sido los talleres”.

Lucy: *el trabajo y las ayudas*

Para Lucy una de sus mayores preocupaciones era poder “estar cerca de sus hijos”. Siendo el único sostén de su familia, en las conversaciones los temas giraban en torno a las dificultades para trabajar y al mismo tiempo criar a sus seis hijos sola. En su historia combinó distintos recorridos y estrategias entre las que había alternado para obtener ingresos, la costura, las cartas dirigidas a oficinas municipales o la inscripción a diversos programas sociales. En su discurso los términos “trabajo” y “ayuda” se superponían cuando hablaba de estas experiencias y las relaciones que implicaban. Su tránsito por diferentes cooperativas del programa “Argentina Trabaja” también fueron relatadas desde esas referencias.

Lucy tiene treinta y seis años y nació en Quilmes en 1976. De la infancia prefería “no acordarse” porque de “chica” las “pasó duras”. Ella hacía alusión a esa etapa de su vida como un “dolor” que había querido siempre “evitarle a sus hijos” y por eso decía “hay que juntar fuerza para salir adelante, pensar en lo que uno ama y no para atrás, yo pienso en mis hijos”.

Creo que debido a esas razones “salir para adelante, y no para atrás”, ella contó su historia desde los primeros años de su adolescencia. Lucy se fue de la casa paterna alrededor de “los quince”, anduvo “de acá, para allá” hasta que se puso “de novia”. En el año 1992 cuando tenía dieciocho años, quedó embarazada de su primera hija y se fue a vivir a la casa de los padres de su pareja. En esa casa funcionaba un *taller* de confección de “ropa de cuero” en el que trabajaban todos los integrantes de la familia. Durante siete años, Lucy aprendió a coser a máquina, “a usar la recta y después la overlock” y también en ese emprendimiento doméstico, se dedicó durante un tiempo a vender las camperas que se producían a los choferes de empresas de ómnibus. En el año 1998 luego de su separación, Lucy se fue a vivir a la casa de su abuelo. Para ese entonces tenía 24 años y cuatro hijos que mantener prácticamente sola. Frente a la dificultad para obtener empleo, transitó por diferentes dependencias públicas y sedes municipales para “dejar cartas” solicitando “ayudas”. Práctica que enmarcaba en la “necesidad” y que desplegó como una de las alternativas posibles para complementar sus ingresos:

“Yo siempre fui de averiguar en todos lados a ver si daban alguna pensión, o una ayuda. He ido a Lomas, a Quilmes también, a los municipios. He hecho miles de cartas para conseguir una ayuda para mis hijos, a donde puedo yo voy porque lo necesito. Con la pensión me dijeron que como no tenía hijos discapacitados no me daban, ¡cómo si no necesitara yo!”

Fue también en el año 1998 que obtuvo “un plan Jefes y Jefas para trabajar en el comedor de García”. Este último era según Lucy, y también Gladis otra trabajadora del taller que asentía con la cabeza en esa conversación, una persona “conocida” vinculada al municipio. En ese lugar funcionaban también “una guardería y una huerta” donde “trabajó” y “ayudó” durante seis años:

“E: con García estuve desde el ‘98, seis años con García.

L: ¿en el comedor?

E: No. En la cocina no estuve. Estuve en el jardín, de mensajera, de lo que venga bah. Yo siempre quiero ayudar, hacer algo, me gusta trabajar.”

Como complemento del ingreso del plan Jefes y Jefas de Hogar, Lucy también “trabajó y ayudó” tres años en un pequeño taller textil que funcionaba en la casa de una vecina, próxima a la suya:

“yo agarre ahí por el tema de los chicos, para estar cerca de casa, por eso le pedí de ayudarla con el taller. Me dio trabajo pero era una explotación todo el día y no me pagaba casi nada, y terminé dejando”.

Los motivos recurrentes por los cuales ella solía alternar o cambiar de “trabajos”, estaban vinculados a la cercanía del lugar donde se ocupaba laboralmente respecto de su casa, y al horario que la actividad le implicaba. En relación a otras dimensiones de su vida, Lucy destacó que había participado en la ocupación de las instalaciones abandonadas de una antigua fábrica de Renault, a cuatro cuadras de la casa de su abuelo, durante noviembre del año 2001. Ello dio lugar a la conformación del “asentamiento 8 de noviembre” donde vive desde entonces junto a otras ochenta y seis familias, y fue allí que Lucy tomó conocimiento del programa AT a través de sus *vecinos*. En ese momento ella estaba trabajando informalmente en un comercio en Wilde, como vendedora de electrodomésticos, por la mañana y por la tarde, tornándose muy difícil el cuidado de sus hijos. Enmarcada en esa preocupación ella me contó cómo había tomado la decisión de inscribirse en diciembre del año 2009 a una cooperativa del programa, y cómo había llegado a trabajar en la cooperativa *Azucena* del Movimiento Evita:

“El otro trabajo era a unas cuadras de casa, yo cobraba un poquito más que en la cooperativa pero trabajaba dos turnos, no estaba nunca, no veía a los chicos. Tenía problemas en casa, faltaban a la escuela. Entonces yo me anoté para la cooperativa en diciembre y en julio me llamó una asistente social y me dijo presentate en La Factoría. Cuando terminé las capacitaciones vengo y me dicen “hay que esperar porque los módulos todavía no están”. En el piso de abajo, viste. No, le dije, discúlpame pero yo no puedo venir a estar sentada acá seis horas. Yo dejo a mis chicos solos en casa para trabajar, no para no hacer nada. Y ahí me escucha Martín y me dice “¿sabes coser?”. Sale el tema de que yo sé coser, y me dice “listo no se hable más, subí al primer piso que tenemos un taller de costura”. Fue por mi carácter que yo llegue al taller.”

Como señalaba Lucy luego de inscribirse, ser evaluada y aceptada para integrar una cooperativa, realizó *capacitaciones* obligatorias sobre distintas temáticas. Cuando éstas finalizaron debía comenzar a trabajar. Sin embargo los ministerios públicos intervinientes en el programa, dilataron la selección de los lugares donde se realizarían las obras, y el inicio de las actividades los denominados “módulos” que desarrollarían las cooperativas. Por esa razón, durante un período prolongado muchos socios no tuvieron tareas formalmente asignadas, pero se les exigía en La Factoría que cumplieran igualmente en ese transcurso con un horario laboral porque ya estaban percibiendo un ingreso. En ese contexto para Lucy “estar sin hacer nada” no era una opción, ella consideraba que en el horario laboral, tenía que estar “trabajando”, ya que para ella

ausentarse de su casa tenía un costo importante “dejar a sus chicos solos”. Durante seis meses de junio a noviembre del año 2010, y según ella por “su carácter” y porque “sabía coser”, se integró a las actividades de *la textil*. En principio sólo en la actividad de confección con máquina recta. En el *taller* estrechó vínculos con algunas de las antiguas trabajadoras, entre ellas Ofelia, la *coordinadora*. Fue ésta quien la incentivó a rendir los dos últimos exámenes, de química y de lengua, con los que terminó el secundario en diciembre de ese mismo año.

Sin embargo, a fines de 2010 Lucy empezó a quejarse de que ir a *La Factoría* le implicaba un costo muy grande de pasaje, porque “era lejos” de su casa y que tenía inconvenientes para ir a las *marchas* del *movimiento* porque “no tenía con quien dejar los chicos”. Estas cuestiones sumadas a los “problemas” que estaba teniendo con su hija mayor, fueron los argumentos que esgrimió para irse de la cooperativa *Azucena*. En ese lapso, ella le *pidió* a una *vecina* que coordinaba una cooperativa de trabajo *municipal* que le tramitara “el pase”. Al igual que con los programas de empleo, “los pases” de cooperativas de trabajo del programa “Argentina Trabaja” entre distintas organizaciones eran una modalidad extendida. Estos podían ser traspasos de *socios*, entre dos *movimientos u entidades sociales*, o entre uno de éstos y el municipio. La acción que efectivizaba el traslado de una persona de una cooperativa a otra, se designaba como “alta” o “baja”. En estos casos, también el lenguaje utilizado remitía a los “planes” de los programas de empleo. Como hemos visto, no sólo ello, también la participación en actividades extra laborales, como la asistencia a “marchas” o “actos”, era considerada como parte de las obligaciones para aquellos que se vinculaban a las *cooperativas del movimiento*. De ese modo Lucy mantuvo su ingreso en una *cooperativa municipal* realizando tareas de limpieza “en la esquina” de su casa, lo cual le permitía estar *cerca de* su familia. Las desaveniencias con la coordinadora de esa *cooperativa municipal* hicieron que cambiara de parecer y revalorizara el “buen clima” dentro de la *cooperativa del movimiento*. El regreso lo relató así:

“yo después del problema con mi hija, di vueltas y quise volver, pero no me decidía. En la cooperativa cerca de mi casa, eran menos horas, pero con la jefa no nos llevábamos bien. Ofelia me ayudó, habló con Cesar para que yo pueda volver acá, a trabajar al taller. Yo vine después y hable con él, le expliqué lo que me había pasado y ahí fue cuando me dijo que fuera a la oficina de empleo de parte de él, que ahí me daban el alta otra vez. Yo volví ilusionada porque el clima acá con las chicas siempre fue bueno, y yo con ellas me llevo bien, me entienden”

Efectivamente Ofelia, intercedió con uno de los dirigentes locales para que Lucy pudiera regresar en abril de 2011. Nuevamente las “ayudas” era uno de los lugares desde los cuales Lucy refería a los vínculos con las personas y al trabajo. No era el único, también mencionaba “que con las chicas” se “llevaba bien y la entendían”.

Ana: *una familia y una pasión*.

Ana tiene treinta y dos años y se define a sí misma como *militante*. En su relato ubicó el acercamiento a un MTD a fines de la década del noventa como un hito muy relevante en su vida.

En su discurso “la familia” fue el registro que utilizó para aludir al vínculo que construyó con los activistas de este agrupamiento en el transcurso de los últimos trece años, casi la mitad de su existencia. Para ella contar su historia fue centralmente dar cuenta de cómo había despuntado su “pasión”: la *militancia*. Y cómo ésta última se había ido perfilando como un *horizonte de sentido*⁵. Los “estudios”, las “cooperativas de trabajo”, “el taller” textil Azucena y su incorporación reciente a la gestión local del municipio, se incorporaron en su relato como “desafíos” y “responsabilidades” de la *militancia* cotidiana.

Ana nació en 1980 en un pequeño pueblo rural de la provincia de Corrientes. Proveniente de una familia numerosa de quince hermanos, ella era una de las más pequeñas. Su padre era “cuatrero” y se empleaba estacionalmente en la cosecha de arroz, su madre “trabajaba” en la casa limpiando y trozando los animales para venderlos en el mercado del pueblo. Fue a los cuatro años, que su madre “la dio” en adopción. Primero a una familia del pueblo, tiempo después y de manera definitiva, a un matrimonio mayor con hijos adultos que vivía en Berazategui, provincia de Buenos Aires. Los recuerdos de la infancia y parte de su adolescencia están atravesados por diferentes situaciones de angustia, entre ellas mencionó que “extrañaba” a su madre biológica, que debió trabajar desde pequeña y que no podía asistir a la escuela con regularidad. Ana se “fue” de su hogar adoptivo a los catorce años cuando formó una pareja. Tras un período de breve convivencia, a los 17 años se separó. En esa situación conseguir un ingreso y un lugar donde vivir para poder criar a su hija Sol, aparecieron en su relato como urgencias. Transcurría por aquel entonces el año 1999 y ahí, es donde ella sitió su acercamiento “al movimiento y los compañeros”, signado en lo inmediato por “una necesidad muy grande”:

“yo busqué a un hermano de mi mamá que no lo conocía, pero que sabía que estaba con los planes. Que estaba en un MTD era lo que yo sabía. Y ahí me acerqué, la verdad te digo, por una necesidad muy grande. Tenía a mi hija chica, estaba sola y sin laburo y le fui a pedir ayuda. Cuando lo encontré, me enteré que en realidad era mi tía Silvia la que tenía un comedor, y también que ahí vivía un hermano más chico mío que también lo habían dado”.

Su estadía en la casa de su tío duró hasta el año 2001, cuando junto a unos vecinos decidieron “tomar los terrenos que estaban enfrente del comedor”. Precisó que ello había sido posible porque “el movimiento acompañó la toma”. En ese lugar, una zona que limita entre Avellaneda y Quilmes vive desde hace diez años, con su hija, su sobrino y su hermano. De ese período ella subrayó principalmente su participación en “marchas y piquetes” con la expectativa de obtener un “plan” del Movimiento de Trabajadores Desocupados, al que estaba asociado el comedor de sus parientes. Será luego de un “corte” en el triángulo de Bernal, en el mes de mayo del año 2000, cuando consigue entrar a un programa de empleo para desocupados, siendo “justo la última del listado”. Como señalábamos previamente si bien “la necesidad” fue, según Ana, lo que orientó su

⁵ Esta término aparece en León(1997) asociado a la noción de “proyectos sociales”, como dimensión de futuro, en tanto “campos de acción, horizontes de sentido, de lo que es deseable, viable y potencialmente aceptable de ser viabilizado”

acercamiento inicial al movimiento, ella enfatizó que ése fue el comienzo de “cambios” perdurables en su vida:

“Yo en el corte largo que hicimos en Bernal, en el año 2000, hacía un año que estaba en el movimiento, y fui justo la última del listado que sacó el plan, ahí empecé a hacer la contraprestación en el comedor de mi tío. Para el momento que yo conocí a los chicos del movimiento me cambió la vida, encontré una familia.”

Si la “familia” en la infancia de Ana estaba asociada a pérdidas y situaciones angustiosas, su vinculación “con los chicos del movimiento” aparecerá desde ese mismo registro, “la familia” ligada a relaciones afectivas, y a condiciones de posibilidad para el desarrollo de experiencias vitales profundamente significativas. Desde estos tópicos enmarcó distintas prácticas, de las cuales a continuación seleccionamos cómo “estudiar” o “militar” entre otras, aparecieron en el relato. Puntualmente Ana se mostraba orgullosa de haber logrado completar el secundario para adultos iniciado en el año 2008 en la Universidad Tecnológica Nacional. Y agregaba que ella “podía militar, así, tanto” porque “podía contar” con sus *compañeros* “para todo”:

“Yo en el movimiento pude hacer el secundario. Me anoté en la UTN porque los compañeros me animaron. A mí me ayudaban mucho los compañeros a estudiar, José sobretodo se sentaba conmigo a hacer los deberes acá en la oficina, porque a mí me costaba bastante. Pero ellos me explicaban, me tenían paciencia. Yo puedo contar con ellos para todo. Me han cuidado a mi hija, cuando yo iba a una marcha o un viaje de la militancia. Ya te digo, hoy mi hija que es muy amiga de las nenas de José, se queda mucho con Caro, la mujer, en su casa. Si no fuera así, yo no hubiera podido hacer nada, no podría militar, así, tanto. Yo sé que si a mí me pasa cualquier cosa los compañeros del movimiento la van a cuidar a ella mejor que nadie. Ellos para mí, ya te digo, son mi familia. Yo puedo contar con ellos para todo, yo acá, arme otra vez mi familia.”

Tomando en consideración este particular registro afectivo desde el cual Ana vivía sus lazos con “los compañeros y el movimiento” es importante mencionar que la ocupación de las instalaciones de un antiguo edificio fabril impulsada por los activistas del MTD, el primero de mayo de 2002, también tuvo incidencia sobre el curso que tomaría la militancia de Ana. El objetivo declarado por los *militantes* para legitimar la ocupación, era construir allí una sede “productiva” e impulsar “emprendimientos de autogestión para los desocupados”. En ese contexto, “los compañeros” le propusieron a ella y a otros *coordinadores de comisiones barriales* “trabajar” en la *oficina de empleo* que se disponían inaugurar en el establecimiento. Desde aquel entonces, en esa oficina, las tareas de Ana y otros coordinadores involucraron la gestión de recursos y beneficios de diversos programas sociales que el movimiento obtenía desde 1998, mediante procesos de confrontación y negociación con el Estado. Al igual que otros *militantes* con los cuales conversé, Ana aludía a un “crecimiento” personal y grupal, involucrado en el aprendizaje de prácticas de organización y movilización asociadas a los “planes”, los “proyectos productivos”, los “piquetes” y finalmente “las cooperativas”. Ella daba cuenta de un recorrido en su relación con esta organización modelado por “desafíos”. Se explayaba en términos de “crecimiento” sobre una

experiencia de desarrollo individual, que era también la de un “nosotros” grupal, sus “compañeros” *coordinadores de comisiones*, que estaban con ella en la *oficina de empleo*. Describía así un itinerario en el que los “saltos” representaban una mayor “responsabilidad” y esfuerzo, que ilustraba con la frase “poner un bastón más en la mochila y andar caminando”:

“Esto de las cooperativas nos hizo crecer del día a la noche. La responsabilidad. Nos costó mucho pegar el salto del comedor a administrar, organizar cooperativas. Es todo un desafío para nosotros porque al principio nos mirábamos las compañeras y decíamos ¿y ahora para donde salimos corriendo?, como que no estábamos preparadas. Pero es el salto que uno tiene que dar, se tiene que poner dentro de la mochila de mariscal, que ya tenemos varios bastones, agregar un bastón más ¿me entendés?, y andar caminando con eso encima. Es parte de la lucha. Pero en ese sentido, yo te digo que crecimos de un día para otro, que la responsabilidad fue mucha, pero yo personalmente me siento contenta. Porque ya te digo, venir de un piquete y que hoy esté yo en una fábrica, y tener cooperativa, y que muchas personas dependen de tu trabajo. Uy! Es a veces llegar a tu casa y plantearte ¿en qué momento pasó todo esto? de pasar de estar tirando piedras y hoy tener esta responsabilidad”.

Particularmente las cooperativas se integraron en la vida de Ana a partir de la implementación del programa nacional “Argentina Trabaja”. En ese sentido, su implicación como la de otros *coordinadores* de la *oficina de empleo* fue importante para hacer posible la conformación de trece cooperativas de trabajo del Movimiento Evita en Avellaneda. A partir del año 2009 sus “responsabilidades” se tradujeron en actividades cotidianas muy concretas: difundir el programa y sus requisitos en la *comisión* de su barrio y entre sus vecinos, desarrollar la tarea de *inscripción* de los interesados a través de convocatorias públicas junto al ministerio y el municipio, localizar posteriormente a los inscriptos que fueron aceptados, a través de sucesivas *visitas* a los domicilios de los socios para hacer efectivos los grupos de trabajo. Como resultado de estas acciones ella, su núcleo familiar, la mayoría de los beneficiarios de un “plan” de empleo gestionado por el movimiento y también otras personas ajenas al mismo hasta ese momento, se convirtieron gradualmente en socios de cooperativas creadas por la organización en el marco de dicho programa en el transcurso de dos años⁶. Como aparecía en la cita previa, Ana se representaba esas prácticas como “desafíos” que eran “parte de la lucha”. Una “lucha” que se ligaba a “los piquetes” o a la ocupación de una fábrica, y que ahora se relacionaba con la conformación de cooperativas de trabajo:

“con las cooperativas es donde se vió realmente la fuerza de uno, de una pasión si se quiere. Está el que se ocupa sólo de su trabajo, su horario en la cooperativa y listo. Pero yo creo que no te

⁶ Describí ese proceso más detalladamente en Gusmerotti, Lucrecia “Una aproximación a las relaciones entre el Movimiento Evita y el estado, a partir de la conformación de cooperativas de trabajo.” (en prensa)

podés quedar con eso solamente. Tenemos que ir por más, ir por más significa seguir aguantando, haciendo fuerza para que esto siga avanzando y ahí se trata de la militancia, ¿me entendés?. Yo hoy estoy en la cooperativa, pero si mañana entro en una empresa, consigo un trabajo mejor, entonces pongo la militancia en la empresa, y si me echan, yo que sé, me iría a otro lado a seguir militando. Ahí es donde uno se tiene que analizar y ver realmente que es lo que quiere ser, se ve en el paño digamos”

Así como *la familia* fue el lugar del que ella partió para hablar de su vínculo con el *movimiento* y sus *compañeros*. Cuando refería a las “cooperativas”, su “trabajo” en el *taller Azucena* y su quehacer cotidiano, lo hacía desde su “pasión”, la *militancia*. Esa “pasión” permitía anudar todas sus rutinas, las que le hacían sentido. Para la militante que Ana “quería ser”, las “ocupaciones” no podían reducirse a un “horario de trabajo”.

Durante ocho meses del año 2011 Ana modificó su jornada laboral habitual. En lugar de asistir a la “oficina de empleo” ubicada en el entrepiso de la Factoría, comenzó a trabajar en la cooperativa *Azucena* para “ayudar al grupo a organizarse”, debido a la reciente jubilación de la coordinadora del mismo. Cuando salía de allí, tenía pautados distintos compromisos. Los jueves, los tenía ocupados por completo con clases. Por ese entonces, estaba cursando el segundo año de la “tecnicatura universitaria de economía social y solidaria” impartida por la Universidad Nacional de Quilmes. Carrera de pre-grado que subvencionaba el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación, a trabajadores cooperativistas. Ana había ingresado en 2010 a la carrera luego de que sus “compañeros” la eligieran para percibir una de las dos “becas de estudio” de las que disponía el movimiento local. Durante los meses que trabajó en el *taller textil* aprovechó para cubrir las “horas de prácticas”. Estas consistían en ejercicios basados en técnicas de metodologías participativas, que Ana propiciaba en la cooperativa “para hablar de cómo organizarse, para que el grupo se conozca más”. En los días restantes, alternaba entre diversas *reuniones* y *actividades*. Los miércoles *coordinaba* con otra *compañera* las *reuniones* con “los pibes” de *la JP Evita* - muchos de los cuales “trabajaban” en las cooperativas. También se *reunía* regularmente con otros agrupamientos políticos juveniles kirchneristas en el “centro” de la ciudad y participaba con asiduidad de *reuniones* con los dirigentes locales. Las *actividades* también eran variadas y contemplaban la realización de *jornadas* en diferentes *barrios* donde participaba para “pintar un mural en una unidad básica” u organizar la recepción en algún barrio de la visita de un “operativo de prevención de la salud” que se acordaba con los ministerios provinciales o nacionales. Estas actividades se complementaban con aquellas otras que implicaban la realización de eventuales *marchas* u *actos*.

En Avellaneda luego de las elecciones presidenciales de octubre de 2011, la alianza política entre el intendente y el Movimiento Evita se expresó en el gobierno local con la integración de numerosos *militantes* a espacios públicos de gestión. En ese contexto Ana dejó la cooperativa *Azucena* y asumió en febrero de 2012, como directora de un área dentro de la secretaría de desarrollo social municipal vinculada a los *jóvenes*. Cuando me comentó la novedad me dijo: “Fue una sorpresa porque no me lo esperaba, pero es todo desafío.”

Susana: *no separarse, quedarse en el barrio.*

Susana planteo la incorporación de ella y su pareja a cooperativas de trabajo en el marco de una expectativa. Preservar la relación con su pareja que se estaba deteriorando por las dificultades económicas, y poder seguir alquilando en el barrio donde moraba desde hacía muchos años, en el cual vivían también sus hijas y nietos. En su relato, ella puso en juego una comparación constante de experiencias pasadas y presentes para dar cuenta cómo en su vida habían aparecido, *el movimiento, los planes* y finalmente las *cooperativas de trabajo*.

Susana tiene treinta y siete años, nació en Avellaneda en 1975. Se casó y se fue a vivir a Villa Corina a uno de los *departamentos* del plan de viviendas que se construyeron durante la gobernación de Antonio Cafiero en la década del ochenta. Con ese matrimonio tuvo dos hijas, que hoy tienen 18 y 23 años de edad. Su marido trabajaba de albañil, y ella se empleaba en el servicio doméstico en Capital Federal. En el año 1999, su esposo ya hacía varios años que no lograba una continuidad laboral en las obras de construcción, y ambos cubrían los gastos familiares con “changas” que conseguían eventualmente. Para esa época “su marido ya tomaba mucho” y ella en su “casa la pasaba mal”. Fue su suegra la que la vinculó con el movimiento cuando ésta, comenzó a participar de reuniones en una *comisión* del MTD en el barrio. Caracterizaba ese período de su vida como un “antes”, “la época del plan” que “era más lindo”, y los lazos de aquel entonces como “solidarios”. Aunque agregaba que no todo era “bárbaro”, rescataba que esas actividades le permitían “distraerse” de sus problemas cotidianos:

“Antes era más lindo, a mi me gustaba mucho la época del plan, y eso que eran 150 pesos, nada era. Pero era en el barrio, la gente era así más solidaria, hacíamos comedor o roperito. Yo hice las dos cosas, y el sábado sacábamos una mesita en el barrio con las cosas que arreglábamos y las vendíamos, después se repartía entre los diez del roperito eso. Antes se hacían más marchas, o la olla popular, que se hacía en el municipio. Nos quedábamos ahí. No como ahora que vamos en micro, llegás a un club, te sentás en un acto, no existía eso antes. Ibamos caminando, un montón caminábamos, pero era lindo. No te quiero decir que todo era bárbaro, porque a veces nos cagábamos de hambre, porque la comida que hacíamos no alcanzaba para todos, o a veces en el piquete te daba miedo el tema de la policía. Pero charlábamos, tomábamos mate, nos llevábamos las tortas fritas. Yo ése era un momento que me distraía de lo de mi marido, de los problemas de mi casa. A mí me decían hoy hay marcha y me cambiaba la cara.”

Algo también que destacaba Susana era cómo en su presente, se habían modificado las rutinas de movilización, “ahora vamos en micro, llegás a un club, te sentás”, dentro de las cuales ella destacaba otra modalidad, la convocatoria a participar en “actos”. Susana permaneció varios años en el movimiento, en los cuales señaló como un *ascenso*, el hecho de haberse convertido en “veedora”. Ser “veedora” implicaba ser parte del grupo de personas que en cada barrio, supervisaban mediante planillas diariamente la asistencia de los beneficiarios a los sitios donde se realizaba la *contraprestación* de los *planes*, los *roperitos* o los *comedores*. Luego de varios años de estar involucrada con la dinámica del movimiento a través de diversas actividades se alejó en

el año 2006. Señaló que sus hijas ya mayores de edad, habían formado sus familias y se habían ido del hogar, quedando solamente su nueva pareja y ella, razón por la cual había decidido emplearse como empleada doméstica mayor cantidad de horas. De ese modo eligió organizarse con otros ingresos, y además se distanció del movimiento. Así estuvo unos años hasta que en el año 2009 ambos decidieron anotarse en el programa “*Argentina Trabaja*”. Su marido se integró a una cooperativa que realizaba mantenimiento de escuelas, y ella ingresó al taller textil *Azucena* en mayo de 2010:

“Yo estaba haciendo changas en casas de limpieza, tres o cuatro veces por semana, depende. Cobraba por día o por hora y si no te llaman no tenés plata. También hace muchos años mi marido, cuida el estacionamiento del Parque Dominico los fines de semana, pero si llueve no se trabaja. Acá en la cooperativa la plata está seguro. Vos venís todos los días un horario pero vos sabes que la plata está. Yo antes estaba muy mal, casi me divorcio, nos peleábamos mucho todo el día, muy nerviosos estábamos, no podía pagar el alquiler, las cuentas, me volvía loca para llegar a fin de mes. Esto no te digo que alcanza, pero estamos mucho mejor, no me separé. Y ahora estamos más tranquilos, por ahí no me alcanza, pero un decir, ahora me faltan 200 pesos por ejemplo para el alquiler, antes estaba re lejos de eso. Ahora hasta puedo comprar algunas cositas.”

Incrementar los ingresos familiares, era una razón relevante para que Susana y su marido se hubieran anotado en la cooperativa de trabajo, ya que poder pagar el alquiler del local donde vivía, le permitía poder seguir estando cerca de sus hijas, y fundamentalmente preservar su relación de pareja y “no separarse”. Si bien en un comienzo, ella se integró transitoriamente al taller, hasta que se definiera su *módulo*, decidió quedarse en ese lugar de trabajo cuando tuvo la posibilidad de elegir. Como no sabía coser, se incorporó al igual que otras personas en su misma situación a las “tareas de mesa”. Estas implicaban la limpieza y supervisión de las telas y prendas confeccionadas, el doblado y etiquetado. Sobre ese punto ella refería a la existencia de relaciones jerárquicas dentro del taller, y contrastaba su rol anterior como “veedora” con su situación actual en la que no tenía “responsabilidades” como sí tenían los “coordinadores o referentes”, y lo atribuía al hecho de no haber tenido continuidad en el movimiento:

“acá están Ana o Rosa que yo los conozco de antes, de la época de los cortes, que eran como yo, pero bueno yo me fui del movimiento cuando mi hija cumplió 18, me ofrecieron un plan sin cargas para que me quedara pero yo no quise en ese momento. Y bueh por eso yo no soy jefa. Sino yo estaría haciendo otras cosas ahora como ellos”

Las trayectorias de Ana y Susana permiten destacar la idea de “crecimiento político” como un proceso vinculado por un parte, a la promoción de *militantes* dentro de una estructura jerárquica del propio movimiento hacia funciones de mayor responsabilidad y con atributos de autoridad. Pero como hemos señalado en el caso de Ana, que es extensivo a otros militantes, el “crecimiento” ha posibilitado su incorporación a la gestión municipal. El uso de esa noción está presente en el trabajo de Frederic (2005) para aludir al proceso de inclusión de “los villeros” en la

militancia política y la función pública durante principios de la década del ochenta en el municipio de Lomas de Zamora, en torno al problema de tierras y vivienda de pobladores desplazados del centro urbano y político. En aquel contexto, ella sugirió que dicha incorporación había sido posible en la medida que se perfilaba un “proyecto” que legitimaba en principios y convicciones morales la inclusión y acercamiento de “los villeros” como comunidad de referencia de los “políticos”. Ese “proyecto” tenía una dimensión “técnica” que se expresaba en políticas públicas de compras de tierras e iniciativas legislativas de expropiación, y otra “política” sostenida en la movilización para hacerlo efectivo (Frederic, 2005:111). En este sentido, es posible recuperar estos aportes para pensar en términos de continuidades históricas, procesos actuales de inclusión de sectores y movimientos populares en la gestión estatal y en la carrera política.

Conclusiones:

Estas trayectorias de vida, nos permiten plantear un análisis en términos de *continuidades* en las experiencias sociales en distintos niveles. Por una parte se advierte que el ingreso de las personas al *taller textil Azucena*, o a partir del año 2009 en forma más extendida a la/s cooperativa/s, se hacía desde una experiencia que ligaba a las personas a las políticas sociales de transferencia de ingresos que se habían ensayado como respuesta a la desocupación de los sectores populares desde mediados de la década del noventa. En esa dirección, un tópico que unificaba a todos los trabajadores del *taller*, era que habían sido beneficiarios de “planes sociales”. Lo que los diferenciaba era el modo en que habían accedido y permanecido en los programas de empleo durante los últimos quince años. En la mayoría de los casos, la obtención del *plan* a través del movimiento los había implicado en diversas rutinas de movilización, como “piquetes”, “ollas populares”, “tomas”, “marchas”. Y también los había reunido en distintos ámbitos de sociabilidad. Primeramente en “comedores”, “roperitos”, “huertas” como parte de las contraprestaciones exigidas y luego, en el marco de programas como el “Manos a la Obra” o “Guardapolvo Social” que subsidiaban proyectos productivos, en “micro emprendimientos”, “talleres” y “cooperativas”. Había otros casos del cual Lucy era un ejemplo, de sujetos que no tenían relación previa con el movimiento. Allí el acceso a un subsidio de empleo y también el tránsito entre diversas cooperativas de trabajo estaba ligado a la tramitación en diversas agencias públicas, y a relaciones personales con referentes políticos partidarios.

En otro orden es posible identificar recorridos laborales desde los cuales las personas llegaban a este espacio productivo. Estos se relacionan con la edad, la vinculación con el mercado de trabajo y la experiencia laboral previa de los sujetos. En esa dirección, podríamos distinguir dentro de la cooperativa *Azucena* tres grandes grupos. El primero, reunía a personas vinculadas a la conformación del *taller* como *emprendimiento productivo* en el año 2002. Eran mujeres de mayor edad, que rondaban entre los cincuenta y sesenta y cinco años. Habían pasado por el mercado laboral como trabajadores asalariados en fábricas textiles medianas y grandes, donde también habían adquirido conocimientos generales del proceso productivo y prácticas laborales formales. En esas empresas aprendieron o perfeccionaron el oficio como costureras, y en algunos casos ello

implicó un ascenso en la jerarquía ocupacional. Ofelia señalaba que había “conocido todo el proceso productivo, desde cómo se hace la tela, hasta el corte”. Si bien estas mujeres habían trabajado en talleres textiles domésticos, en los relatos esto se enmarcaba en decisiones vinculadas a la organización familiar de la vida doméstica, o en las relaciones de amistad y vecindad. Ofelia lo menciona del siguiente modo “Cuando nació mi primer hijo, mi marido me planteo que dejara de trabajar afuera” o Gladis, “con mi hermana trabajamos en el taller de Ofelia, somos vecinas de toda la vida”. También el *taller* doméstico en la década del noventa apareció como parte de estrategias para la obtención de ingresos en situaciones de crisis económica, “cuando el taller se paró, me dediqué a arreglar ropa usada o de segunda para vender en la feria de Solano” había dicho Ofelia.

Dentro de un segundo grupo, se encontraban mujeres más jóvenes que tenían entre veinte y treinta y cinco años de edad que a diferencia de las mujeres mayores, habían aprendido a coser en *talleres* familiares durante la adolescencia, en la medida que parientes cercanos –suegros, cuñados, hermanos- tenían un emprendimiento de confección y/o comercialización en sus hogares. Siendo ésta en casi todos los casos, su primera experiencia laboral. Por otra parte ninguna había tenido empleos formales, y en este sentido, el *taller Azucena*, a través de las cláusulas de los convenios estatales permitió regularizar un ingreso en combinación con ciertas prestaciones sociales, previsionales y protecciones contra riesgos y accidentes de trabajo. El conocimiento de la actividad productiva adquirido en los *talleres* familiares, posibilitó que se incorporaran a la tarea central de confección una vez que ingresaron a *La Factoría*. La cantidad y disponibilidad de otra tecnología dentro de este nuevo espacio productivo, más grande en relación a sus experiencias en *talleres* domésticos, permitió que se perfeccionaran en el uso de otras técnicas, máquinas y elaboración de otro tipo de prendas. Antes, además sus rutinas laborales tenían un ritmo intenso de producción y poca retribución económica. Ese era el caso de Lucy “me explotaban estaba todo el día y me pagaban casi nada”, y también así había sido referido por otras mujeres. Por último había un tercer grupo de personas, en el que por ejemplo se integraba Susana, que no sabían coser y nunca habían trabajaron en el rubro textil hasta su ingreso a la cooperativa *Azucena*. En su mayoría rondaban entre los dieciocho y treinta y siete años de edad. Estas habían tenido o mantenían aún como complemento de sus ingresos, diversos trabajos informales como empleados en tareas domésticas, pequeños comercios, o en el cuidado de enfermos o ancianos. El comienzo de su trabajo en el *taller*, estaba en relación al aprendizaje de tareas sencillas, todas estaban “en mesa”. Con ello se aludía a la “revisión” y “limpieza” de las prendas que se iban confeccionando. También habían emprendido las tareas de planchado, doblado, etiquetado y embolsado. Algunos de ellos en colaboración con trabajadores calificados comenzaban actividades de mayor complejidad relacionadas con el corte, como tizado y encimado, y el uso de algunas máquinas, como la cortadora, la abotonadora y la ojaladora. Asimismo, un rasgo importante era que muchos socios de la *cooperativa* compartían el trabajo en el *taller* con familiares cercanos, generalmente algún hermano. Y también la mayoría tenía uno o más parientes directos en otra *cooperativa del movimiento* o *cooperativa municipal*, en ese sentido lo habían manifestado Ana y Susana.

Las trayectorias también nos permitieron vislumbrar relaciones diferenciadas entre los sujetos asociadas a roles y funciones distintos, entre las que se destacaban las tareas de *coordinación* y *gestión* como aquellas más jerarquizadas. En parte ello puede ser comprendido a partir de las relaciones más perdurables de algunas personas con *el movimiento*, en términos de *compromisos* y *obligaciones* desarrolladas a lo largo del tiempo. En ese sentido se destacaba en los relatos las experiencias de más de una década de Ana y de Ofelia, en contraste con la intermitencia del vínculo más inestable de otras personas, como por ejemplo Susana. Esta última había llegado a tener “responsabilidades” como “veedora”, pero se había alejado, interrumpiendo ese “crecimiento” dentro del *movimiento* que se traducía en atributos simbólicos de autoridad.

Por otra parte, en otro nivel de análisis más circunscripto, es posible identificar cómo las personas han apropiado y re-significado esas políticas desde relaciones sociales y recorridos vitales que también expresan continuidades. En el caso de Ofelia, refirió a “los talleres, que habían sido su casa, su vida” y a una voluntad que animaba según su criterio, el hacer cotidiano. Desde allí la cooperativa, era la forma actual en que aquello podía manifestarse. Los acontecimientos de diciembre de 2001 habían sido un punto de inflexión, y visibilizaron las tensiones de un modo de vida vinculado al trabajo y a una identidad de clase que descansaba en expectativas de movilidad social. En ese sentido incorporarse al *movimiento* le había permitido volver a “respirar” y hacer lo que había hecho siempre, trabajar en los talleres. Para algunas personas como Ana, la cooperativa era una dimensión de un compromiso político mucho más vasto, una *militancia* que era “su pasión”. En este sentido las políticas que atravesaban la historia del movimiento, entre ellas las más recientes que propiciaron la conformación de cooperativas, penetraban por completo el universo de su cotidianidad en el marco de un proyecto de vida que se enlazaba con un fuerte componente afectivo depositado en el *movimiento* y *los compañeros* referido a lo *familiar*. Para Susana y Lucy también *la familia*, como algo a preservar y cuidar, se constituía como expectativas de futuro que las empujaban a integrarse a las cooperativas de trabajo como un modo de estabilizar ingresos y modos de vida. Para la primera de ellas eso era vivido como un retorno a una organización popular y unas prácticas sociales conocidas en el pasado cercano, para la segunda, era un comienzo signado por una experiencia sedimentada de “trabajo y ayudas” en otros ámbitos, los *comedores municipales*.

Bibliografía:

Fernández Alvarez, María Inés (2006). “De la supervivencia a la dignidad. Una etnografía de los procesos de “recuperación” de fábricas de la Ciudad de Buenos Aires” tesis de doctorado, mimeo.

Frederic, Sabrina (2005). El ocaso del villero y la profesionalización de los políticos”. *Etnografías contemporáneas*, N°1, Pp. 141-172

Grimberg, Mabel y otros, (1998). “Modos y trayectorias de vida, una aproximación a las relaciones de género (estudio de dos casos)” En Neufeld, Grimberg y otros comp. *Hegemonía y poder: el mundo en movimiento*. Eudeba. Pp. 225-235

León, Emma (1997) “El magma constitutivo de la historicidad” en León, E. y Zemelman, H. (coords.) *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*.: Anthropos-CRIM-Coordinación de Humanidades, Barcelona. Pp. 36-74

Manzano, Virginia (2007) “De la matanza obrera a la capital nacional del piquete. Etnografías de procesos políticos y cotidianos en contextos de transformación social”, tesis de doctorado, mimeo.

Vecchioli, Virginia (2007). “Derechos humanos y compromiso militante. Un recorrido por la constitución de esta causa a través del activismo de los profesionales del derecho”. *Etnografías Contemporáneas*, N° 3 Pp.143-176

Zemelman Hugo y Guadalupe Valencia (1990) “Los sujetos sociales, una propuesta de análisis”. *Revista Acta Sociológica*. Vol. 1 III, n° 2 Pp. 89-104
